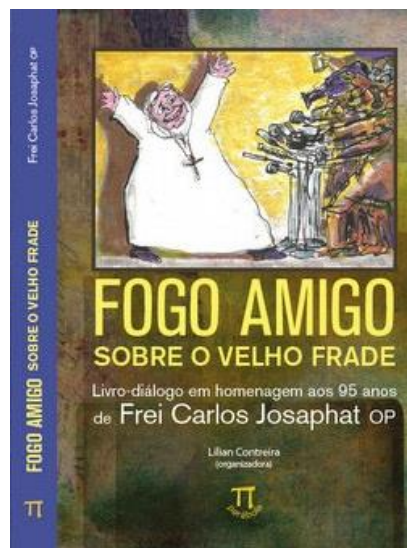


Publicamos un **Manifiesto**, con todas sus letras, de fray Carlos Josaphat a propósito del Jubileo 800 Años. Fray Carlos Josaphat Pinto de Oliveira (Patos do Abaete, Minas Gerais, 1921) estudió filosofía y teología en el Seminario de Petrópolis, fue ordenado sacerdote en 1945. Hizo profesión en la Orden de Predicadores en 1953, vivió en Francia hasta 1957, donde conoció a los padres Chenu y Congar, a Jacques y Raïssa Maritain, Étienne Gilson, Emmanuel Mounier. Al regresar a Brasil en 1957 se ocupó de los estudios dominicanos hasta 1963, colaboró entonces con Paulo Freire a quien había conocido en 1950 en el Nordeste. Poco antes del golpe militar de 1964 salió del país, en 1966 comenzó a enseñar teología en la Universidad de Friburgo, Suiza. Regresó a Brasil en 1994 para enseñar en la Escuela Dominicana de Teología en São Paulo. Ha publicado numerosos libros, entre ellos: Moral, Amor & Humor: Igreja, sexo e sistema na roda-viva da discussão, Tomás de Aquino e a Nova Era do Espírito, Las Casas: todos os direitos para todos, Ratzinger, Chenu e Congar: teólogos pioneiros no Concílio Vaticano II, Paradigma teológico de Tomás de Aquino.



MANIFIESTO DEL JUBILEO

A los dominicos y los compañeros
CONMEMORAR LOS 800 AÑOS
es iniciar una lucha contra la actual
desmovilización de las conciencias

Esta conmemoración tiene su sentido pleno cuando se intenta mirar la historia por dentro. Hay que abordar una pregunta radical. El carisma de Santo Domingo, la renovación de la Iglesia y del mundo que él pretendía, ¿era entonces posible? Si no, ¿cómo se tornó viable? ¿Cómo llegó a constituirse en un ideal a alcanzar? ¿Cómo fue obstaculizada por una red de intereses mezquinos? ¿Está en pie de lucha? ¿Dónde? ¿Cuándo? ¿Cómo?

El primero de los grandes momentos que evocamos en la lectura de estos ochocientos años es el encuentro y la confrontación del Fundador carismático, Domingo, con el Jefe de la Iglesia, Inocencio III, en el Concilio Ecueménico IV de Letrán en 1215. Ambos tienen sus proyectos de reformar la Iglesia y consolidar la cris-

tiandad. Domingo obtendrá la aprobación de su proyecto evangélico por el siguiente Papa, Honorio III, en 1216. Fue una conquista. En pocos años, el Fundador ve que su comunidad se multiplica y resplandece con media docena de santos, de maestros eminentes y de conventos que animan y sostienen a la gente.

Constatamos, entonces, que la Orden de Predicadores florece en la Iglesia, pero luego es influenciada, incluso desviada, por un ambiente general un tanto ambiguo. Tratando de seguir y de llevar a la práctica los proyectos de Inocencio III, el Papa Gregorio IX en 1234, sólo doce años después de la muerte de Domingo, instituye la Inquisición Romana, con la participación de los dominicos. Cabe destacar, sin embargo, que ya desde su primer siglo

de expansión, la Orden de Predicadores se afirma y estructura al servicio de la Iglesia, pero adaptándose a las condiciones tanto positivas como negativas de la cristiandad medieval.

Domingo concibe la Orden en plena y total disposición para servir a la Iglesia. Sin embargo, la autoridad eclesiástica le pide acomodarse a sus

proyectos limitados, como la Inquisición. Una parte de los dominicos, después de la muerte del Santo Fundador, cede ante este sistema represivo.

Lo más grave es que esta tendencia a ceder fue empeorando. Fue salvada por la intervención de algunas personas, especialmente mujeres, que viven con intensidad y audacia el carisma de Domingo.

Lucidez y audacia de la Doctora Catalina

El segundo momento, que comprende los siglos XIV y XV, sorprende por la decadencia espiritual y apostólica generalizada de la Orden Dominicana, en el seno de una cristiandad corrompida por la ambición. Sus conventos ricos y confortables atraen a los hijos menores de las familias nobles o aristocráticas. Los hijos mayores eligen los puestos de mando militares o políticos. La mundanidad se apodera de los conventos dominicos, de los monasterios, las abadías y los obispados.

Tenemos la posibilidad de conocer la amplitud de la enfermedad de la cristiandad, y especialmente de los dominicos, gracias al diagnóstico preciso y completo de la Santa Doctora Catalina de Siena (1347-1380), laica dominica que se equipara con el Fundador, Domingo. Ella asume el carisma de entender por dentro el ser dominicano, así como la exigencia y la forma acertada de reformar la Orden. No se contenta con denunciar el desorden y la corrupción. Ella ve y señala las causas y a los responsables de la decadencia general, e indica los rectos caminos de la conversión. Y advierte la urgencia de esta conversión. Se dirige personalmente a los religiosos, especialmente a los dominicos, a los obispos, a los cardenales y al propio Papa. De rodillas venera al sumo pontífice, saludándolo como “Dulce Cristo en la tierra”. Pero luego se transfigura en profeta, arremete en su cara, y él escucha en silencio toda la lista de sus vicios execrables, pecados y desatinos.

La Santa Doctora se muestra así como la gran profetiza de la Nueva y Eterna Alianza. Ella comienza por la verdadera comprensión de la Iglesia, que aprendió a definir, sin duda con los buenos dominicos, como el Cuerpo Místico de Cristo, disociándola así de la cristiandad. Desde la alta

Edad Media, esta confusión llevaba a que la cristiandad se utilizara en provecho de las clases ricas, laicos y clérigos. Ella pregona la virtud de la obediencia total, en conformidad y a semejanza de Cristo, que por amor se entrega al Padre y se declara servidor, no dominador. Catalina tiene la osadía de rodearse de discípulos en una comunidad itinerante que ella llama “La Santa Brigada”.

Para aquellos discípulos, especialmente los religiosos dominicos a quienes daba nombre y condición de reformados, Catalina escribe un libro, el *Diálogo*. Entiéndase que se trata del Diálogo suyo con Dios Padre, que contiene un código completo de reforma de la Iglesia, y muy especialmente de los dominicos, sus hermanos. Lo que ella quiere que sean para la Iglesia y la humanidad.

El Capítulo General de los Dominicos de 1374 acoge a la joven Catalina en la fuerza de sus 27 años, al título inédito de pertenecer a la Orden de Santo Domingo. Y la confía al cuidado y a la dirección de fray Raimundo de Capua. Los dos tienen el gran sueño de reformar la Orden Dominicana, de la cual fray Raimundo será el Maestro General. Viven en verdadera comunión, es difícil discernir lo que viene de él o de ella en este proyecto común. Llevan adelante la reforma de la Orden de Santo Domingo, sin forzar a nadie. Su empeño consiste en suscitar el entusiasmo y el amor, contando con la libertad y la gracia, evitando el legalismo autoritario.

La fuerza espiritual y apostólica de la Orden será en adelante la multiplicación de frailes y conventos reformados, que se inspiran en el ejemplo, la acción y la orientación doctrinal y evangélica propios del carisma de Santo Domingo, que Catalina de Siena impulsó y actualizó.

Frailes profetas del Nuevo Mundo

Acontece un tercer impulso en el centro de estos ochocientos años del carisma de Domingo. Corresponde al nuevo reto que presenta la exigencia

de universalización de este carisma, debido al fortalecimiento y la expansión de la cristiandad, con su ambigüedad amplificadas. Es el amanecer

de la modernidad, las primicias de la globalización del mundo. Muy numerosos e influyentes son los frailes dominicos en esta edad de oro de España, que las valientes carabelas transforman en el puerto y en la puerta rumbo al Nuevo Mundo.

En general, estos dominicos ibéricos están influidos por la mentalidad de la reconquista de España, comprendida y celebrada como triunfo de los fieles sobre los infieles, judíos, moros y herejes en general. Muchos dominicos participan en los sueños hispanos de un inmenso imperio, más vasto y poderoso que los grandes imperios de la antigüedad. Había frailes de sobra para ser consejeros y confesores de reyes y reinas, nobles y aristócratas, de gente que se jactaba de religiosa, pero sin ningún interés por los valores humanos, no digamos por los ideales evangélicos.

Tenemos el contexto y el clima de la nefasta Inquisición Española. Fue fundada en 1478 por el infeliz fray Tomás de Torquemada (1420-1498). Este dominico hizo un mal tremendo mediante su inteligencia bien equipada al servicio de la ortodoxia y la crueldad. Se llegó a identificar a Santo Domingo con la Inquisición, de la que se pensaba habría sido el fundador. Torquemada encargó al pintor Pedro Berruguete un cuadro que representaba esa falsa imagen sugerida por este falso dominico. Santo Domingo ocupa el lugar del propio Torquemada y, desde una gran tribuna, preside un auto de fe en el que ordena condenar y ejecutar a unos herejes.

En contraste con estos líderes religiosos ineptos pero influyentes, que actúan en la Orden de Santo Domingo, en la Iglesia y en la sociedad, admiramos otra corriente perseverante y creciente de dominicos verdaderos, los llamados y empeñados en ser enteramente reformados. Ellos establecen la conexión evangélica de Catalina y su grupo con los primeros misioneros enviados al Nuevo Mundo.

La decisión de enviar evangelizadores a la recién descubierta América abre el capítulo más hermoso en el corazón de los Ochocientos Años de nuestro Jubileo. La decisión fue tomada en el Capítulo General de Pentecostés de 1508. Es uno de los grandes méritos del Maestro de la Orden,

fray Tomás de Vio, llamado Cayetano. Santo Domingo vino a América en una comunidad de hijos suyos, los mejor escogidos entre los mejores que se ofrecían para venir a predicar el Evangelio en el Nuevo Mundo. Desembarcaron en la isla La Española en 1510, eran 14 misioneros. Unos libros, las *Escrituras* y la *Suma Teológica* eran los únicos enseres que traían en cajas.

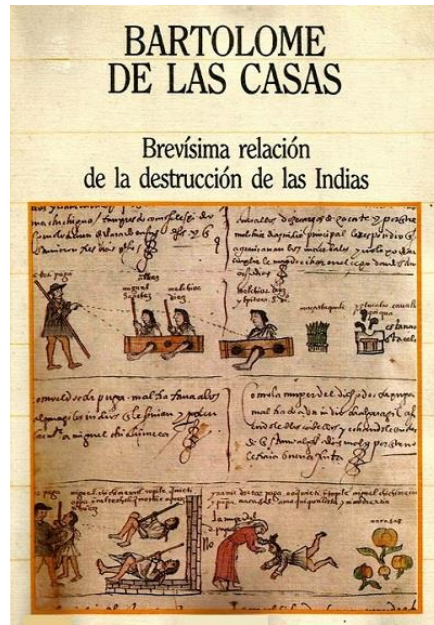
En el ambiente y el contexto del Nuevo Mundo, esta comunidad hizo exactamente lo que Santo Domingo había hecho en Europa y la cristiandad medieval. Primero, se instalan en una casa sencilla, con una pequeña capilla. Una pobre tienda de campaña para el Evangelio, siempre abierta a la gente del país. Luego, privilegian el cuidado de la población aborigen que los fieles cristianos colonizadores despreciaban, si no es que la esclavizaban.

La comunidad pasó un año observando, ayudando a la gente a mirar, a abrir los ojos de la inteligencia y del corazón a la *Veritas*, la verdad de que Dios es amor. Entonces, los hijos de Domingo vivían el carisma de los predicadores de manera plena y perfecta. Sienten que tienen que ser profetas, justo en vísperas de una Navidad que se anunciaba muy festiva. Invitaron a los próceres de la colonización esclavista.

Fray Bartolomé de Las Casas, para quien la vida y la predicación de los primeros frailes llegados a América fue decisiva, narra años después con entusiasmo este acontecimiento profético en los capítulos 3 a 6 del libro III de su *Historia de las Indias*. Señalemos lo esencial.

El Cuarto Domingo de Adviento de 1511, cuando se lee el Evangelio de la predicación de Juan Bautista, “Voz que clama en el desierto...”, fray Antonio de Montesinos, en nombre de su comunidad, proclamó el célebre mensaje profético y evangélico: “Esta voz os dice que todos estáis en pecado mortal y en él vivís y morís por la crueldad y tiranía que usáis con estas inocentes gentes. Decid, ¿con qué derecho y con qué justicia tenéis en tan cruel y horrible servidumbre aquestos indios?”.

Por primera vez en la historia de la humanidad se establecía el nexo entre los derechos naturales y los



derechos de todos los seres humanos. El colonialismo naciente era así condenado de manera absoluta y radical. Serán siempre admirados estos apóstoles, profetas y predicadores, fray Pedro de Córdoba y fray

Antonio de Montesinos, que fue el predicador escogido para proclamar en nombre del prior, fray Pedro de Córdoba y su comunidad, valiente por su contemplación que estallaba en predicación profética.

El Pentecostés de Las Casas en Cuba

Terminó así el equívoco de que el dominico está del lado de los poderosos, aviniéndose a una Iglesia vinculada, si no sumisa, a un Estado corrupto y corruptor. Para ser fiel a su mensaje e ir aún más lejos que ellos, estos verdaderos hijos de Santo Domingo tuvieron la dicha de ver convertido al profetismo, al evangelismo radical que ellos vivían, a un buen sacerdote encomendero y esclavista: Bartolomé de Las Casas. Para desentrañar el significado del Jubileo 800 Años, hemos de admitir que Santo Domingo renació en Cuba el día de Pentecostés de 1514 y se llama fray Bartolomé de Las Casas.

Él nos encamina a la quinta etapa de esta marcha de Domingo que extiende su proyecto por el mundo.

Es su llegada a nuestro país, a Brasil, hace casi un siglo y medio, precisamente en 1881. Nuestra clave de lectura abre la puerta a tres momentos y tres espacios de la presencia o del caminar de Santo Domingo entre nosotros. Los primeros dominicos, a invitación de un obispo misionero vicentino, vienen a nuestro país y escogen nuestra región del interior, yendo al encuentro de los labradores y los indios. Guiados por un instinto, el instinto evangélico del Espíritu de Amor y santidad, se consagran como Las Casas a la gente marginada desde los viejos tiempos de la colonización, a los indios y la gente de los suburbios.

Yendo y viniendo de Uberaba a Goiás, de Goiás a Porto Nacional en el Pará, crearon una red de asistencia, enseñanza, oración con la gente, allí donde surgían ciudades y diócesis. Andaban a pie, a caballo, en canoa y barca, volvían narrando las bellezas de los ríos Araguaia y Tocantins. Merecen la mayor estima esos grandes obispos, desde Dom Carrerot y Dom Alano Du Noday hasta Dom Tomás Balduino. Eran de la estatura de los grandes Pastores de la Iglesia de la época patristica, Ambrosio, Agustín, Basilio.

Dom Tomás Balduino, que coronó esta pastoral creativa, refiriéndose a su avioneta que aterrizaba en los potreros de las grandes haciendas, contaba sonriendo que en un mes había visitado todas

las comunidades y había hecho más contactos que sus predecesores en todas las décadas de su ministerio episcopal. Más admirable fue la calidad de su labor pastoral. Logró practicar y difundir una visión positiva del indigenismo y mereció, para esa actitud de los dominicos, los elogios de Marechal Rondon y su discípulo Darcy Ribeiro. Este tenía en gran estima a fray Mateus Rocha, con cuya colaboración soñaba establecer una facultad dominicana de teología en la Universidad de Brasilia, para defender las culturas militantes y brasileñas.

La última etapa de este caminar viene a ser un giro de esta misión a fin de insertarnos en el ámbito del avance de la civilización en las ciudades y regiones en desarrollo cultural y tecnológico: Minas Gerais, São Paulo y Rio de Janeiro, consolidando nuestra presencia en Goiás. Para terminar deseo destacar, usando nuestra clave hermenéutica, cómo hubo muchas condiciones, posiciones y dificultades, que permitieron, facilitaron o impidieron la presencia activa de los dominicos en una sociedad.

Para llevar adelante esta labor misionera, las primeras generaciones de frailes europeos cuidaron de que fueran brasileños quienes enfrentaran los problemas pastorales y culturales del Brasil urbanizado y trataran de entrar en el campo de la tecnología y los medios de comunicación social. Puesto que la sociedad de los sistemas industriales y, sobre todo, de la comunicación estaba en sus comienzos, los dominicos, que tenían una formación doctrinal bien actualizada, lograron estar presentes y activos en las fronteras de la cultura, especialmente de la comunicación en sus inicios. Había dominicos en los programas de Biblia en la televisión, en las instituciones de educación superior. La librería y editorial *Duas Cidades*, por ejemplo, fue lugar de encuentro no sólo de los escritores, sino también de intelectuales de valía en diversos campos científicos. Ya en 1952 contábamos con la presencia y asesoría del padre Louis-Joseph Lebret, gran maestro que colaboró decisivamente en la Constitución Pastoral del Concilio Vaticano II *Gaudium et spes* y en la

Encíclica *Populorum Progressio* en pro de los pueblos subdesarrollados y subordinados por siglos al colonialismo globalizado. En Brasil y en el mundo la gran obra decisiva de Lebrecht fue desmovilizada, igual que todos los proyectos reno-

vadores, cediendo a la presión de los monstruos fríos del economicismo dominante.

En nuestro país, como en toda América Latina, esto provocó una crisis que se agudizó con el golpe militar capitalista de 1964.

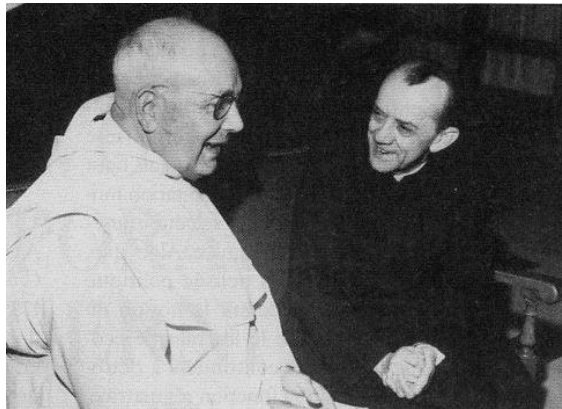
Contribución original y creativa de los dominicos

En el momento en que la Orden Dominicana tomaba la decisión de enviar misioneros a Brasil, en el plano de Iglesia universal, el Papa León XIII colocaba en gran relieve el carisma de Santo Domingo y de Santo Tomás de Aquino. Pero, este gran relieve apuntaba al servicio que los dominicos han de prestar a la Iglesia en la opción particular del Papa, que era enfrentar al mundo moderno, considerado como completa y absolutamente equivocado. Era una perspectiva apologética. Por otro lado, León XIII escribió cinco encíclicas sobre el Rosario, cuyo origen se atribuía simplemente a Santo Domingo. Por lo tanto, esta renovación de León XIII, que tiene repercusiones en su actitud social con la *Rerum Novarum* (1891), desde el punto de vista doctrinal era una valoración de la teología dominicana como ortodoxia, es decir, como la exposición más segura y sistemática de la sabiduría cristiana en oposición al pensamiento y las posiciones de la modernidad. No obstante, León XIII abría las puertas a la presencia original y creativa de los maestros, especialmente de los teólogos dominicos. Desde entonces, surgen en la Iglesia universidades, facultades teológicas, institutos de formación dominicanos, según un estilo y un modelo repetitivos, que ven en Tomás de Aquino una doctrina por aprender y enseñar igual que se transmite un mensaje perfecto. Era un tipo de teología conservadora.

Con todo, se daba la oportunidad para una teología fiel a la tradición, pero a la vez abierta al diálogo con las corrientes modernas de la filosofía, la ciencia y la tecnología. Hay equipos de teólogos dominicos e incluso instituciones de estudio e investigación, que no están aislados, sino en colaboración con otros grupos también renovadores. Pensamos, por ejemplo, en los teólogos alemanes

de Tubinga. Esa teología dominicana, renovada y renovadora, se desarrolla en comunión con los diferentes movimientos y organizaciones que hacían relecturas y se esforzaban por crear nuevos modelos, más evangélicos, en conformidad con la tradición y en contacto con la modernidad. Encontramos, entonces, teólogos dominicos que están en los orígenes de la renovación bíblica y de la difusión de la lectura de las *Escrituras* al pueblo cristiano. Brilla como una antorcha el padre Marie-Joseph Lagrange, fundador de la Escuela Bíblica de Jerusalén, el cual, sin embargo, no escapó del riesgo

de ser condenado por la Curia Romana en 1912. En esa especie de cordillera de sabiduría, extendiéndose en los siglos XIX, XX y XXI, las brillantes figuras de Yves Congar, Marie-Dominique Chenu y Edward Schillebeeckx irradiaron un nuevo paradigma teológico que articula la tradición y la renovación. Fueron grandes maestros de la



teología dogmática. A ellos se suma el padre Lebrecht, que vinculó la economía con el humanismo y propuso un verdadero modelo para superar el colonialismo económico y político que domina la marcha hacia la globalización. Fue gran colaborador del Concilio Vaticano II y a él se debe toda la segunda parte de la Constitución Pastoral *Gaudium et spes* (1965). No se contentó con esbozar las líneas generales de una ética social. Llegó a proponer modelos concretos de organización política y de urbanismo. Lo hizo para la ciudad de São Paulo. Sin embargo, su gran proyecto de miles de páginas, con la colaboración de decenas de expertos brasileños, una vez terminado se topó con un alcalde de São Paulo que arrojó todo a la basura.

Aludíamos antes a la personalidad y al extraordinario trabajo de Dom Tomás Balduino. Él ayudó a conducir la pastoral misionera a una gran perfec-

ción y eficacia. Esta pastoral, mediante su profundidad doctrinal y teológica, permitió a este gran maestro contribuir a que la CNBB –Conferencia Nacional de Obispos de Brasil– alcanzara una verdadera comprensión del indigenismo, al enaltecer sus prerrogativas, sus cualidades y el modo original que tienen los indios de practicar los derechos humanos; es más, a él se le debe considerar como uno de los primeros brasileños que puede gozar de esta prerrogativa.

No trataré con más pormenores esta fase final de nuestros Ochocientos Años de los Dominicos en Brasil. Contando con la ayuda de amigos y compañeros, recuerdo sólo nuestro gesto de valentía. Leyendo la historia por dentro, en su núcleo esencial, tuvimos en 1997, año de la integración de los dominicos de Brasil en una sola provincia, la audacia de tomar el nombre e izar la bandera de Fray Bartolomé de Las Casas.

La bandera de Las Casas nos viene muy bien en una Iglesia que vuelve a descubrir y abrazar el paradigma de la Misericordia en un mundo que

se ha consolidado en el colonialismo globalizado. Con la Iglesia de Juan XXIII y del Papa Francisco, creemos que el futuro está en invertir en el Amor universal, en la esperanza humana y evangélica. El Jubileo de los Ochocientos Años es una invitación a reconocer que el carisma de Domingo es un juego de amor e inteligencia, que pide la entrega total de sí, en un discernimiento audaz de las fortalezas y las debilidades de la Iglesia y de la humanidad de hoy.

Es la hora de escuchar una especie de homilía evangélica que siempre nos predica Santo Domingo: Amarás con todo tu corazón y con toda tu inteligencia.

Lucharás con toda la fuerza victoriosa que viene del don total de sí mismo.

Discernirás las artimañas y trapacerías del neocolonialismo globalizado.

Estarás, entonces, celebrando de verdad.

El Jubileo de San Francisco y de Santo Domingo, en la alegría evangélica de la Misericordia que plantó su Tienda entre nosotros. [tr: FQ]

Fray Carlos Josaphat, OP



Entre las actividades internacionales del Jubileo 800 Años de la Orden de Predicadores, se llevó a cabo en Salamanca, España, del 1 al 5 de septiembre un Congreso sobre la promoción y defensa de los derechos humanos. Publicamos aquí la declaración final.

CONGRESO INTERNACIONAL
LOS DOMINICOS EN LA PROMOCIÓN Y DEFENSA
DE LOS DERECHOS HUMANOS
PASADO, PRESENTE, FUTURO

En este año jubilar del octavo centenario de la Orden de Predicadores, a quien la Iglesia ha confiado la predicación del Evangelio, del 1 al 5 de septiembre, nos hemos reunido en Salamanca (España), 200 frailes, hermanas, laicos, monjas, sacerdotes asociados y jóvenes que ejercemos nuestro apostolado en 50 países de todos los rincones del mundo. Hemos reflexionado sobre cómo nuestra Familia Dominicana puede renovar su misión mediante la promoción y defensa de los derechos humanos.

Si bien la terminología “derechos humanos” es relativamente reciente, en la Iglesia hay una conciencia cada vez mayor de que centrarse en los derechos humanos unifica y afecta a cada uno de los aspectos de nuestro trabajo a favor del respeto y la defensa de la dignidad y la libertad inherentes a cada persona que están en el núcleo de la Buena Noticia que Jesús, la Palabra Encarnada, vino a predicar.

• *Las personas y la creación.* El respeto de la dignidad humana y la promoción de los derechos humanos son inseparables del respeto y la protección de la Creación en toda su integridad. No puede haber una especie humana próspera, que ejerza los derechos humanos, si los ecosistemas de la Tierra están exhaus-

tos y desprotegidos. Este respeto general por toda la Creación da cuerpo a la comprensión que la Iglesia tiene del “bien común”.

- *Justicia y Paz.* Los derechos humanos nos permiten traducir el principio de la justicia en compromisos concretos y vinculantes. Los derechos humanos son reconocidos por la comunidad internacional como constitutivos de un orden democrático pacífico. Todas las personas tienen derechos, libertades y responsabilidades, que, a su vez, permiten a cada cual construir un mundo justo y promover la paz.

- *Las múltiples dimensiones de los derechos y responsabilidades de cada persona.* Los derechos humanos se clasifican actualmente en derechos civiles, políticos, económicos, sociales y culturales. Se entienden como universales, indivisibles e interdependientes, dentro del respeto a la diversidad cultural. Aun cuando estos principios no se aplican fácilmente en nuestro mundo, se corresponden con el énfasis que la Doctrina Social de la Iglesia pone en la totalidad de la persona.

- *Vida intelectual y experiencia.* Cada uno de los derechos humanos nos desafía a reconsiderar la finalidad de nuestro estudio y nuestra investigación. Nos llaman a dirigir nuestra actividad intelectual a abordar los significados y las raíces estructurales de las violaciones de la dignidad y la libertad. Solo lograremos centrarnos en esto si escuchamos continuamente, con respeto y compasión, los testimonios de la gente que sufre.

Siguiendo a Jesús y a Domingo, también nosotros somos llamados a predicar esta Buena Noticia de modo que pueda llegar a los corazones de todas las personas: las que sufren, las que están junto a ellas, las que permanecen indiferentes, aquellas que las oprimen y las que abusan del regalo de la creación que Dios nos ha dado.

Por eso, no es accidental que nos reunamos en Salamanca. Deseamos participar del espíritu que inspiró a nuestros hermanos, Pedro de Córdoba, Antonio de Montesinos, Bartolomé de las Casas, Francisco de Vitoria y demás frailes del siglo XVI que conformaron la Escuela de Salamanca. Colaborando estrechamente entre ellos, ampliaron el significado de la comunidad humana. Al insistir en la necesidad de reconocer y proteger los derechos de los pueblos originarios del “Nuevo Mundo”, Vitoria, con sus hermanos, puso los fundamentos del Derecho Internacional y mostró la necesidad de una comunidad y cooperación globales, que ha inspirado a los fundadores de las Naciones Unidas, el principal foro existente en la actualidad para la promoción de la justicia y la paz globales.

Al recorrer la historia de nuestra Familia Dominicana, reconocemos que en muchas ocasiones no hemos promovido ni defendido los derechos de todos. Sin embargo, en las distintas épocas y también hoy, reconocemos a muchos hermanos y hermanas que son testigos brillantes de la compasión y defensores de los empobrecidos, los marginados, los oprimidos y defensores de la Tierra.

Reconocemos que aún tenemos un largo camino por delante para llegar a ser verdaderos defensores de lo que sufren, por eso, reunidos en este congreso, nos comprometemos con las siguientes acciones:

1. Acoger como parte integral de nuestro carisma dominicano la misión de justicia y paz como constitutiva de la predicación del Evangelio.

2. Integrar la Doctrina Social de la Iglesia y la defensa de los derechos humanos en todos los aspectos de la formación de la Familia Dominicana –hermanos, hermanas, monjas, laicos, asociados, fraternidades sacerdotales, jóvenes y otros movimientos y asociaciones.

3. Promover el estudio de *Laudato Si'* como medio para enseñar una ecología integral que combine el bienestar de los seres humanos y el de toda la creación.

4. Adoptar y promover el Proceso Salamanca, que llama a la Familia Dominicana, a nuestras instituciones educativas y programas de apostolado, a orientar nuestro estudio, investigación, análisis y acción para abordar los desafíos que afronta nuestro mundo, y a crear una sinergia entre nuestra vida intelectual y nuestra vida apostólica.

5. Crear y fortalecer redes que permitan la colaboración en todos los niveles de nuestra misión.

6. Mejorar nuestras estructuras de comunicación, haciendo uso de las tecnologías modernas de modo eficaz y buscando alternativas cuando sea necesario.

7. Desarrollar y fortalecer, a todos los niveles, estructuras que faciliten que la Familia Dominicana trabaje unida para abordar las causas que están en la raíz de la injusticia.

8. Fortalecer la presencia dominicana en las Naciones Unidas, asegurando que las voces de quienes sufren abusos en sus derechos humanos sean escuchadas en los niveles más altos, mediante la comunicación de los miembros de la Familia Dominicana que trabajan sobre el terreno, y aumentando los recursos dedicados a esa misión tanto como para proyectos concretos de justicia y paz.

9. Ser solidarios con nuestros hermanos y hermanas cuya experiencia de misión es difícil y peligrosa, debido a factores políticos, religiosos o económicos.

10. Apoyar, como hicieron nuestros primeros hermanos y hermanas, a quienes asumen posturas proféticas contra las estructuras pecaminosas de poder que oprimen a las personas y violentan la totalidad de la creación.

Al adentrarnos en esta nueva etapa de nuestra historia, pedimos perdón por nuestras muchas omisiones, actitudes y acciones en contra de los derechos humanos que han impedido que la Buena Nueva se difundiese. Confiamos en la gracia de Dios y la efusión del Espíritu Santo para que, inspirados solo por la compasión de Jesús, podamos llegar a ser mensajeros de la Verdad y nuestra predicación pueda llevar esperanza a los millones de víctimas de las violaciones de los derechos humanos y de la Tierra que claman por una Buena Noticia y por un nuevo futuro.

Salamanca, España, 1 a 5 de septiembre de 2016



Galería de fotos: [▶ aquí](#)

Ponencias en vídeo: [▶ aquí](#)